

Narrativa, mujer y autoconsciencia

CARLOS MANUEL GARCÍA-GONZÁLEZ



María Teresa González-Uribe (2011). *Historias de vida desde la perspectiva de género. Bases teóricas para generar una formación transformadora*. México: UNAM, FES Izta-
cala; 242 pp.

“...un libro no tiene objeto.

En tanto que composición él mismo está
sólo en conexión con otras composiciones.

Nunca se preguntará lo que quiere decir un libro, signifi-
ficado o significativo, no se tratará de comprender nada
en un libro, sólo se preguntará con qué funciona,
con qué conexiones hace pasar o no intensidades,
en qué multiplicidades introduce y
metamorfosea la suya.

Un libro sólo existe por lo exterior y en el exterior.

Escribir no tiene nada que ver con significar,
sino con cartografiar, incluso las
comarcas por venir”.

Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Rizoma*, 1976.

Pre-facio

El texto, a propósito del cual se nos convoca, pro-
viene de diversos lugares: Sevilla, Iztacala, Ciudad Az-
teca, las Grutas de Cacahuamilpa, avenida Eduardo
Molina, Oaxaca, Cuernavaca, entre otros lugares geo-
gráficos de la memoria, pero parte hacia muchos
otros; algunos tal vez desconocidos. Arribará tempo-
ralmente al presente de los lectores bajo la forma de

manual, guía práctica, con sus intensiones de cam-
bio, de abrir la conciencia, hacerla objetiva, preparar
el terreno para el deseo. El deseo de no desear un es-
tado de cosas intransitable; es decir “el rechazo”.
“...ya que tal vez en el fondo de ese rechazo en apa-
riencia demente se esconda un germen de sabiduría
donde podamos adivinar la semilla en hibernación
de una experiencia futura... proponemos preparar el
lugar lógico donde esa semilla pueda alcanzar su ma-
duración” –nos recuerda Agamben (2007:10).

Es ese deseo de poner en suspenso la jerarquía
demencial sobre la que se asienta la vida cotidiana,
tal vez sea la preparación de una urgente *profanación*.
Otra vez Agamben: “El trono vacío, es lo que hace fal-
ta profanar para hacer lugar a algo que, apenas pode-
mos evocar, la inoperancia como praxis específica-
mente humana y política” (2008:12).

El trayecto narrado en *Historias de vida desde la pers-
pectiva de género*, de la Dra. María Teresa González Uri-
be, invoca dentro de sí a muchos otros textos, pero
sobre todo, convoca las vivencias radicadas fuera del
texto, podría ser un respiro a la dificultad de transfor-
mar estas vivencias en experiencia, que W. Benjamin
anticipaba: “Una miseria completamente nueva cayó
sobre los hombres con el despliegue formidable de la
técnica. Pero el reverso de dicha miseria es la sofo-
cante riqueza de ideas que se han difundido entre la
gente. Porque, ¿qué valor tiene toda la cultura cuan-
do la experiencia no nos conecta con ella? Es por tan-
to, una especie de nueva barbarie” (Benjamin,
2007:218).

Las operaciones, acciones y actividades desarro-
lladas en los talleres hace suponer, desde la mirada
sociocultural, que están destinadas a las capas del ri-
zoma más complejas: el plano de lo societal. Rizoma
que anuda la totalidad en la parte, metonimia del ac-

to ya que: “el sujeto es un eslabón y heredero de la cadena que le precede, en ella se anuda, circula y se le transmite material psíquico: formaciones comunes al sujeto singular y a los conjuntos de los que él es parte. Por tanto, el sujeto es sujeto de un grupo, nos recuerda Rene Kaës.

Los talleres como espacio de legitimación de las vivencias para cambiarles la forma ha debido confrontar también, supongo el drama individual y colectivo que ha configurado Kaës: “El drama del espacio, tanto para el grupo como para el individuo, reside en esta frágil posibilidad de establecer una unión entre el espacio imaginario y el espacio real, entre el *espacio vivido* –que es el cuerpo del hombre– y su imagen en el *espacio real*”. Espacio bifronte al estilo de Jano, punto de llegada y de partida, albergue y despedida, encuentro y fractura en la topografía de los cuerpos.

Podemos suponer, aunque no hay referencia explícita en las narrativas reportadas, que el tránsito de la vivencia a la experiencia no estuvo exento de resistencias. Una vez más Benjamin: “Hay que encontrar una salida al conflicto entre el desarrollo natural y la tarea de transformarlo en individuo cultural, una tarea que nunca podrá ser llevada a cabo sin violencia” (Benjamin, 2007:15).

Ya que, adicionalmente, dicho conflicto es estructurante de la vivencia común, como nos lo recuerda P. Bourdieu: “...que las gentes se adhieran firmemente a una institución cuanto más severos y dolorosos sean los rituales que se le imponen, se comprende fácilmente por la utilización que en todas las sociedades tienen, en los ritos de paso, del sufrimiento que se infringe al cuerpo” (Bourdieu, 1988:83).

Así pues, las semillas del futuro, nuestra inoperancia, el rechazo, la profanación, la barbarie anunciada, el sufrimiento de los cuerpos transitan y se dibujan en los actos de transmisión, “...una transmisión no se funda en el contenido, sino sobre todo en el *acto de transmitir*...” esto es, por que se organiza a partir de lo que no ha advenido, del hueco o falla que es ausencia de representación.

Es suma, las diversas configuraciones que dibuja el deseo en los tiempos que corren, particularmente en la confrontación anunciada por Benjamin entre individuo y cultura, la potente fragilidad de la vida es reformulada por Giorgio Agamben: “Detrás del largo proceso de antagonismo, se encuentra el cuerpo del hombre sagrado, soberano, su vida insacristable y sin embargo expuesta a que cualquiera se la quite (2006:20).

Comentarios cartográficos

1. Narrar, narrativa, narración de la experiencia

La narrativa requiere del tiempo, de espacio y de personajes que se desenvuelven en una historia de la cual anticipamos un movimiento hacia delante, una trama con inicio, desarrollo y final. Toda narrativa bien escrita está basada en la tradición del mito. El mito, recordemos con Aristóteles, es el arreglo de incidentes, su trama por lo tanto es el primer principio y el alma de cualquier trabajo, la trama provee la estructura a través de la cual se despliegan las acciones de la historia. Su propósito final, de acuerdo a la premisa de Damasio, es más profundo: es la traducción de emociones en consciencia. Seguir el sendero de la trama nos lleva a la vida como es experimentada por otros y es un medio, si tenemos suerte, para que nuestra vida también tenga sentido.

Es el estadio del espejo; la imagen que vemos (es decir la narrativa con sus personajes e incidentes que leemos), es la proyectada por la experiencia narrada del otro, al mirarla se fusiona con nuestra propia imagen; esta fusión es posible si hay empatía. La empatía, nos explica Damasio, es nuestro mecanismo inteligente que recopila información, trabaja diligentemente como telón de fondo, se abre camino hacia nuestra mente consciente, registra lo que experimentamos del mundo y junto a nuestra elaboración interna se sedimenta en finas capas en nuestra memoria autobiográfica. Una conciencia así expandida, el centro verdadero de los vínculos humanos, nos dota de la habilidad de *crearnos* un registro, un registro para encontrar el sentido que conecta el pasado vivido y el futuro anticipado. Sin embargo, una narrativa bien lograda es la que se nos revela como imágenes de incidentes que podemos proyectar en nuestra cabeza, es vehículo, por lo tanto de la *consciencia* desarrollable en el registro de lo imaginario, pensable sólo en su relación con lo simbólico y con lo real.

Sin esta posibilidad de vincular consciencia y creatividad no hay transformación posible. Pero una pre-condición de esta posibilidad es que la narrativa cuente una verdad, no la verdad. Es una verdad para quien narra, la vive así de forma consciente y simultáneamente de manera inconsciente como una construcción experimental abierta, desmontable, reversible o modificable pero agazapada en los rincones oscuros de la memoria y el lenguaje. Quien narra –en otras palabras–, es el fragmento ambulante de la novela familiar. Es el re-cuento de los incidentes arreglados que nos otorga tanto como nos quita identi-

dad. Es decir, si bien nos otorga un origen, un nombre, una escena, unos acontecimientos, guarda celosamente para sí lo no contable, lo privado, y sobre todo, lo desconocido para quien narra y lee. Y se configura con objetos, e incidentes reales o ficticios. El plano simbólico de sus narrativas se nos hacen comprensibles en tanto nos remiten, desde la doble imagen del espejo, a la metáfora que cada lector es.

Una verdad –no la verdad– de este tipo requiere generosidad de espíritu, una voluntad para imaginar la vida del otro, para caminar –por un momento– dentro de sus zapatos. En este sentido, la verdad narrada se traslada hacia el lector al cual se le invita a participar en una interpretación de las varias capas o telas que cubren lo narrado, así como de las múltiples razones de investigarlas y reportarlas. Lo cual convierte a la autora en un personaje más en la trama, añadiéndose y no separándose de las narrativas individuales de forma interconectada. Al relatar y relatarlos, se relata. En estas vivencias, autora, personajes y lectores estamos implicados desde nuestras verdades. Sabiendo que lo que se escoge revelar y lo que se contiene, la selección de narrativas y de sus fragmentos también es una limitación ética: para bien y para mal.

“En un rizoma: eslabones semióticos de todas las naturalezas, son conectadas a formas de codificación muy diversas, eslabones biográficos, [se hacen vincular con hechos] políticos, históricos, económicos etc., poniendo en juego no solamente regímenes de signos diferentes, sino también estatutos de estados de cosas familiares, culturales, femeninas... Un eslabón semiótico aglomera actos muy diversos, lingüísticos, pero también perceptivos, mímicos, gestuales, lúdicos, cognitivos en una concurrencia de dialectos... dictados burocráticos del buen hacer investigativo, contingentes a: técnicas indagatorias, reflejos de liderazgos múltiples y atolladeros fascistas y subterráneos.

Así cualquier punto de un rizoma puede ser conectado a cualquier otro, y debe serlo. Por ejemplo, nos vemos a menudo obligados

a caer en atolladeros, a pasar por poderes significantes y afectaciones subjetivas, a apoyarnos sobre formaciones edípicas, paranoicas o aún peores... de autómatas, hilos, o títeres delirantes. Puede ser que el psicoanálisis sirva, muy a pesar suyo de punto de apoyo”.

Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Rizoma*, 1976.

2. Mujeres e historias

Hace pocos días se hicieron merecedoras del premio Nobel de la Paz tres mujeres: Leymah Gbowee de 35 años, y Ellen Johnson Sirleaf de 72 años; ambas de Liberia, junto a Tawakkul Karman (32) de Yemen. El reconocimiento se adhiere a los recibidos por la secretaria del mismo Alfred Nobel, Bertha von Sutter en 1905, Emily Greene Balch en 1946, a las madres de familia irlandesas Mairead Corrigan y Betty Williams en 1976, la madre Teresa en 1979 y al de Rigoberta Menchú en 1992, Jodi Williams en 1997, Shirin Ebadi en 2003, Wangari Muta Maathai en 2004. Coinciden en haber construido las condiciones para la paz en sus países a partir del despliegue de actividades domésticas y familiares tanto como ciudadanas y políticas. En suma “contribuciones para la fraternidad entre las naciones, la supresión o reducción de ejércitos así como la participación y promoción de la paz en el año inmediatamente anterior”. Este Galardón de la Paz ha sido entregado a 101 personas, de las cuales 20 son mujeres, y a 20 organizaciones.

En una entrevista a Leymah Gbowee, le preguntaron cómo realizó su campaña por la paz; su respuesta consciente y creativa fue: “No sex until war ends”. Así, narra la forma en que ante una huelga de piernas cruzadas, los hombres y mujeres militares, guerrilleros y guerrilleras, terroristas, se vieron forzados, por la contención de su libido sexual, a la sublimación de lo reprimido para pactar por la paz.

¿Son las tácticas del agente particular, ante las estrategias del poder; las semillas del futuro, nuestra inoperancia, el rechazo, la profanación, la barbarie anunciada, el sufrimiento de los cuerpos que transitan y se dibujan en los actos de transmisión? No lo sé de cierto –lo supongo.